

## Un malo y elegante libro

### *Dile a la obra que el ogro no puede esperar*

RUBÉN VÉLEZ

Sílaba, Medellín, 2017, 243 pp.

EL TÍTULO de este libro, creo, es un mal título. Retórico y no dice nada, al menos nada que pueda interesar al hipotético lector. Y el libro como tal, *grosso modo*, es así. Ligerero e insubstancial. Rubén Vélez se acostumbró a escribir libros de ese modo. Este es de 2017, publicado por la editorial Sílabas de Medellín, y había escrito otro, casi idéntico (*Niño de buena ortografía mata a su hada madrina*) en 2014, también de Sílabas, y otro, casi idéntico (*Luisa vuelve y baila*) en 2013. Son libros, todos, elegantes, finos, cosidos, en papel esmaltado, hojas de buen gramaje (por lo tanto, pesados) y llenos de ilustraciones a color. A veces fotografías (entre ellas muchos retratos del autor), a veces pinturas, a veces dibujos. Y esas ilustraciones no tienen créditos. Solo al comienzo, en la página legal, dice que son del archivo del autor y de los archivos de Google (lo cual es cualquier cosa), *El Espectador*, Lorenzo Jaramillo y *Cromos*, etc. Pero las imágenes, que son muchas, carecen de descripciones, no dicen qué son. Y no es un capricho dar esa información. Es, ante todo, respeto por los autores (derechos de uso, además) y, también, información para el lector. Lo contrario es una irreverencia insubstancial, si se piensa que hacerlo es rendir un culto innecesario a los autores (debo arriesgar alguna hipótesis, porque es inentendible). O se hace así por no pedir los permisos de publicación a los autores.

*Dile a la obra que el ogro no puede esperar* es un libro de textos cortos, casi uno por página, y de muchos temas. Como si el autor se hubiera sentado a pensar y a escribir lo que se le viniera a la cabeza. Y no son cuentos, como dice la clasificación del libro en la ficha bibliográfica que aparece al principio, en la página legal. Claro, los géneros hoy están desbordados, aunque ello no quiere decir que haya definiciones más o menos aproximadas. Lo que sí creo desafortunado es achacarle cualquier

nombre a cualquier texto, en nombre, quizás, de la iconoclastia, de la cual pienso que es otra cosa, pero no esta. Algunos (la mayoría, en realidad) son solo apuntes, sin ningún atractivo. Como este, en la página 123:

Voy a dedicarle un poema al sol un día de estos. Hay muchas noches en la poesía. Más que madrugadas. Más que mediodías. Un día de estos voy a ser un poeta atípico.

No lo hago ahora porque en el momento menos pensado puede pasar la luz que anoche me habló de esta playa como un promotor turístico. ¿O como poeta? Lo cierto es que me convenció. La luz no necesita decir nada para ser convincente.

El poema puede esperar. Godot no.

La página tiene el título de: “Absurdo a la orilla de un mar que se peina a hurtadillas (Playa de La Concha)”. Y tiene una foto a color de *Peine del viento*, escultura de Eduardo Chillida (cuya relación tampoco se ve), situada en la playa de la Concha en San Sebastián (España). Aunque la foto, como he dicho, no tiene la descripción, el crédito del autor ni ninguna identificación. Si el lector tiene pistas busca en internet y allí encuentra la información. De resto, todo le pasa desapercibido.

Casi lo mejor del libro está en el comentario de la contraportada, a pesar de que el autor se burla de estos comentarios que, en general, son predecibles. Pero son necesarios, qué duda cabe. Ese comentario dice que “A un solicitado escritor fantasma se le confió la tarea de escribir el texto que ahora tienes a la vista. Ese fantasma, que piensa que el texto de la contraportada es el género literario más influyente de nuestro tiempo...”. Un párrafo en clave de humor y de burla (esta vez certera), como creo que están escritas todas las páginas del libro. El ánimo de Vélez, sin ninguna duda, es el de burlarse de cosas que se toman como serias o de asuntos a los cuales se les ha dado una importancia oficial, por así llamarla. Hay varias páginas (¿varios capítulos?) dedicados a mofarse de la amistad de García Márquez y Fidel Castro —siempre acompañadas de fotografías de ambos personajes— y al silencio del escritor ante esa dictadura; una crítica que es

remarcada en otra página dedicada al discurso del Nobel colombiano (“La soledad de América Latina”) al recibir el premio, en el cual, dice Vélez, no le dedica ni una línea a esa dictadura. (Aparte de que esa observación sea o no justa, ¿vale la pena criticar a un premio Nobel porque no se refiere a un asunto político en particular en su discurso de aceptación? Creo, en cambio, que esta es una de las muchas maneras —páginas— de perder el tiempo de este libro). La perorata sobre el Nobel termina así:

Este *cronista* no va a contar nada; nada sobre el mal *crónico* —estos juegos de palabras, facilongos, le encantan al autor— que a principios de 1959 fue el Bien (eso que ha minado la salud espiritual de tanta gente de Miami). Para el Hombre Nuevo, que no imberbe, de parte del Buendía triunfador, cien años de silencio cómplice (p. 101, las cursivas son mías).

Como se ve, nada nuevo y, menos, creativo. Tanto el libro que comento, como los idénticos publicados en 2013 y 2014, carecen de índice o contenido, lo cual, además de dificultar su posterior consulta una vez leído, es un vacío editorial, sin lugar a dudas. ¿Otra forma de irreverencia? ¿La editorial sigue las instrucciones del autor y falla con una condición elemental de todo libro?

Rubén Vélez ganó en 1980 el Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia con el libro *La gente es un caso*. Y en 1979, cuando comenzó el Premio, había alcanzado el tercer puesto con el libro *Turismo irregular*. Y son dos magníficos libros. En ambos casos, poemas escritos en prosa y en verso. Irreverentes, humorísticos, sarcásticos y bellos en muchas ocasiones. Uno, del segundo libro, termina: “Vengan palabras, vengan y salven mi biografía: Las necesito bien dóciles, las necesito bien putas”. El poema se llama “La oración del retórico (A propósito de musas esquivas)” y está en la página 29 en la edición de la Universidad de Antioquia en 1979. Otro poema se llama “Tarjeta postal” y dice:

Azul el mar.  
Blancas las casas.  
Rojo el vino y transparente  
la risa de los dioses.

Dionisios no consiente oscuridades (p. 143)

Y del primero quiero citar solo un poema, como muestra:

Tome un bus de cualquier línea  
y aproxímese con los ojos muy  
abiertos al pasajero que podría  
sumirlo en la fiesta. Recuerde que  
la expectativa es el primer éxito del  
viaje (“Primero la mirada”, p. 85,  
Universidad de Antioquia, 1980).

Aunque no me aguanto las ganas de citar otro, de solo una línea, llamado “La salud del sombrío”: “Por favor, absténgase de comentar las nubes” (p. 47).

Eran libros de brevedades, de inteligencias y de fino humor.

Además de los libros ganadores en el Premio Nacional de Poesía, la Universidad de Antioquia ha publicado otro título de Rubén Vélez, así como lo han hecho la Universidad Eafit y la gobernación de Antioquia. Me arriesgo a pensar que, de haber tenido ocasión de influir editorialmente, el autor hubiera publicado esos títulos a la manera del presente, ya que, en mucho, se parecen en sus contenidos a los actuales.

Rubén Vélez es, pues, un escritor que no se aguanta las ganas de decir cosas. Y eso, que aparentemente es lo que se le puede pedir a un artista, cualquiera, debe ir aparejado, también, de la advertencia de la cual era consciente Truman Capote: Dios da el don, pero también da el rejo. A Vélez, creo, se le olvida lo segundo. O no lo olvida y, simplemente, da rienda suelta a su lengua, a su pluma. Con ello corre el riesgo del silencio (o del rechazo), que a lo mejor tampoco le importa.

**Luis Germán Sierra J.**